

Ángel negro

Iluminado...

Así quedó mi rostro después de apagar la alarma del celular, la misma que sonaba cada día, con la misma melodía, a la misma hora —todos los días, el recordatorio de la esclavitud del ser humano actual a la tecnología. En medio de mi cansancio rutinario, ¡madrugué un sábado a apagar la alarma!

Levitando...

Así quedé encima de la cama; todo el sueño que tenía se había ido. Aquel trompetazo en el naciente día fue suficiente, un estruendo devastador para iniciar mi fin de semana. ¿Qué más podía hacer aparte de hablar conmigo mismo e imaginar qué desayuno preparar? El hambre también se despertó a esa hora.

Abrasador...

La estufa me recibía con todo su calor, una invitación para volver a la cama. ¡¿Pero para qué?! Ya estaba de pie, ya estaba calentando una leche para montar unos panqueques, ya estaba picando algo de fruta y mezclándola con la granola, en un bol con yogur. Entonces, ¡¿para qué devolverme a la comodidad de mi colchón, a mis cálidas sábanas, a mi almohada con suavidad precisa, si tenía hambre?!

Calmado...

Tomé asiento en el comedor, que daba a la cocina. Por fortuna, estaba haciendo un inicio de jornada soleado. Mientras revolví el chocolate en polvo en el resto de la leche hervida, en aquel pocillo que decía: “Para el mejor Negociante Internacional”, veía por la venta cómo las nubes daban paso a un cielo azul celeste, puro, y hacía tiempo para que la bebida se enfriara, pues ¡no me gusta la comida caliente!

Impactado...

Nunca me hubiera imaginado que aquellos panqueques iban a quedarme tan exquisitos. Era uno de esos momentos de la vida que quisieras que fueran grabados, presenciados por otras personas, disfrutados con alguien más. Pero aquella mañana calurosa, que se iba imponiendo, fue otro recordatorio —como la equis en mi calendario— de que estaba solo y de que ¡aquel sábado iba a ir a la Fiesta del Libro!

Sabiduría...

Esperaba encontrar en el Jardín Botánico aquellos libros que me hicieran ir a otros mundos, vivir en otras pieles, sentir nuevos paisajes, percibir nuevas personas. Pero debía estar preparado, pues en pijama y con la boca sucia no habría sido la mejor pinta para parchar en dicho evento. Qué mejor momento era aquella mañana, con tiempo de sobra para reposar el desayuno previó a un baño; pero qué aletargado se hacía el paso de los segundos en soledad.

Ágil...

Me desplazaba por el baño, mientras me cepillaba; me acicalaba el cuero cabelludo con champú; abría la ducha para que el calentador hiciera su trabajo con el agua. Parecía una danza la que practicaba

en ese cuarto blanco, un ritual previo al apareamiento. Yo y la soledad, como todas las mañanas, como todas las tardes, como todas las noches. “¡Para qué tanto afán!”, pensaba mientras restregaba mi cuerpo con el estropajo, mientras quitaba la piel muerta de mi cuerpo, mientras quitaba la ansiedad del alma.

Tranquilo...

Salí del baño con un aura renovada, como si alguien esperase por mí al otro lado de la nube de vapor, sin importarme quién fuese. Con mucha atención a mis pasos, me dirigí a mis aposentos, donde la cama me llamaba a soñar, el celular a chatear, el portátil a trabajar y la ropa a parchar. Desodorante por aquí, crema por allá, un poco de loción en la cara y un poco de perfume en las mangas. Mi percha se iba completando, mientras la mañana se iba acabando.

Bendición...

Antes de salir, un ademán con la mano derecha atravesaba el frente de mi cuerpo, siempre encomendado, nunca abandonado. Si algo tenía claro era la premisa, la filosofía, la idea de que Dios nunca me dejaba solo, a pesar de mis deslices, a pesar de quedarme quieto en su camino, a pesar de dar “mi brazo a torcer” tantas noches frente a la pantalla del computador, aunque con la certeza de que Él me esperaba con los brazos abiertos. Pero la soledad humana era otra cosa. Un último chequeo: ¿llaves?, *ok*; ¿billetera?, *ok*; ¿tarjeta del metro?, *ok*; ¿celular?, *ok*. Qué más podría haber faltado aquel sábado, ¿no?

Tranquilidad...

Lo que yo quería sentir en ese momento eran mis audífonos, pero no los traía conmigo. Más distraído pa’ dónde. Entonces, vuelva y entre al apartamento y busque aquellas culebras blancas que se saben

enrollar y desaparecer en cualquier bolsillo, en cualquier morral. Después de un breve rechequeo, cogí camino de nuevo. Aquel medio día tenía un *je ne sais quoi*, un cielo *full* azul, un sol con sus rayos amigable, un viento relajante y fresco, una tarde que se auguraba magnífica, mágica, entrañable.

Fugaz...

El metro con su velocidad no daba tiempo de pensar, mi cabeza se contoneaba al ritmo de la música en mis oídos, el *swing* de las paradas en las estaciones no frenaba el baile interior de mi alma. El anuncio de los altoparlantes de las estaciones pasaba desapercibido, mientras intentaba enfocar mi mirada miope en el paisaje local: montañas a mi alrededor, iglesias en cada barrio, las motos como hormigas debajo del viaducto. Con un pequeño aviso del asistente de viaje bastó para saber que había llegado a mi destino.

Especial...

Así me sentí. Apenas había abandonado la estación, con dirección al puente que estaba junto al centro comercial ubicado en frente al Jardín Botánico, cuando vi aquella sonrisa, más blanca que la luna llena; aquellos ojos, más claros que el cielo azul de aquel sábado; aquella piel afrocolombiana, más negra que la noche que inspiró a Edgar Allan Poe al escribir “El cuervo”. Su cuerpo estaba engalanado con un corsé negro, con encajes, que evocaba una noche estrellada; además, llevaba una falda en capas, una red negra para pescar los más pecaminosos pensamientos y unas medias enmalladas que combinaban con el color de sus piernas.

Espacial...

Me sentí levitar, cuando su mirada se conectó con la mía, a pesar de que fuese un poco más baja que yo. Las botas negras de corte militar

que usaba, las cuales me trajeron memorias de tierra y selva, le dieron el empuje exacto para que aquel momento fuera certero. En el reloj de mi móvil habrán pasado menos de diez segundos, pero en mi recuerdo quedó grabado —cual pintura— aquel momento. Una sonrisa coqueta, amistosa, firmó aquella obra de arte, un *performance* efímero que no me abandonó en toda la jornada.

Estrambótico...

Su silueta estilizada, sacada del “Lago de los cisnes”, y su peinado con trenzas, magnificado por su nudo alto, formaban una imagen que no podía sacar de mi mente. Intenté focalizar mi atención en unos libros sobre mipymes y emprendimiento, pero la sonrisa de ella se atravesaba en mis pensamientos. Mientras almorzaba, la imaginaba sentada en frente de mí; cuando quise escuchar una conferencia, se me hizo casi imposible ponerle cuidado al expositor. El espacio se volvió mudo y me llevaba al puente de la estación, al preciso momento en que la vi.

Con frustración, me devolví a casa. No compré ningún libro, ni aprendí nada de las conferencias que presencié. Lo único llenador fue la cena que consumí antes de llegar a mi hogar: un waffle con helado. Pero algo cambió esa noche, por esa única noche: no me acosté solo, un “ángel” me acompañó al país de los sueños.

Mario Julián Hurtado Figueredo